

#68

Observatori de Divulgació Financera



Octubre 2026

Dipòsit legal: B121662-2012

NOTA TÈCNICA

Més enllà del creixement i el decreixement: redescobrir el propòsit de l'economia en el segle XXI

Diego Isabel La Moneda

Abstract

El decrecimiento surge como respuesta a los límites sociales y ambientales del actual modelo económico basado en el crecimiento continuo. A partir de sus aportaciones y de las de otras nuevas economías, este trabajo plantea que el problema no reside en crecer o decrecer, sino en haber convertido el crecimiento económico en un objetivo en sí mismo. Como alternativa, propone una Economía para la Vida orientada al bienestar de las personas dentro de los límites del planeta, pasando el crecimiento y el decrecimiento a ser medios al servicio de un propósito común.

1. Introducción

1.1. Un debate contemporáneo: crecimiento, decrecimiento y el propósito de la economía

Pocas preguntas han generado tanta polarización en el pensamiento económico reciente como la de si debemos seguir creciendo o empezar a decrecer. Quizá, sin embargo, la clave no esté en cuál de las dos opciones es la mejor, sino en preguntarnos cuál es el verdadero objetivo de la economía y cómo pueden contribuir el crecimiento y el decrecimiento a alcanzarlo.

Durante décadas, el crecimiento económico ha ocupado un lugar central en el diseño de las políticas públicas y se ha consolidado como el principal indicador del progreso de los países. Sus aportaciones al desarrollo humano son indiscutibles: ha contribuido a aumentar la esperanza de vida, reducir la pobreza en amplias regiones del mundo, impulsar la innovación y mejorar las condiciones materiales de vida de millones de personas.

Sin embargo, el crecimiento también ha mostrado importantes limitaciones cuando se convierte en un fin en sí mismo. A pesar del incremento de la riqueza global, persisten problemas como la desigualdad, la exclusión social o las dificultades de acceso a bienes básicos como la vivienda. Al mismo tiempo, el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la presión sobre los recursos naturales evidencian que la actividad económica debe desarrollarse dentro de los límites ecológicos del planeta.

Como respuesta a estos desafíos, la teoría del decrecimiento ha cuestionado la identificación entre crecimiento económico y bienestar, aportando una reflexión imprescindible sobre los límites del modelo actual y la necesidad de redefinir el concepto de prosperidad. No obstante, el debate suele plantearse como una elección entre dos posiciones enfrentadas, cuando quizá ambas puedan entenderse como estrategias diferentes al servicio de un mismo propósito.

Este trabajo parte de esa premisa. Antes de decidir cuánto debe crecer o decrecer una economía, resulta necesario responder a una pregunta previa: ¿para qué existe la economía? Solo a partir de esa respuesta será posible valorar cuándo el crecimiento, cuándo el decrecimiento o qué combinación de ambos constituye la estrategia más adecuada en función del sector económico, del territorio y del momento histórico.

1.2. Hipótesis y objetivos del trabajo

Este trabajo parte de la hipótesis de que el debate entre crecimiento y decrecimiento desplaza el foco de la

cuestión fundamental al plantear ambos como objetivos de la economía. Por el contrario, propone entenderlos como estrategias cuya conveniencia depende del propósito perseguido y del contexto en el que se aplican.

El objetivo del trabajo es contribuir a este debate mediante un marco de análisis que permita orientar la toma de decisiones económicas en función del sector, el territorio y el momento histórico, situando como criterio de referencia la mejora de la calidad de vida de las personas, presentes y futuras, dentro de los límites ecológicos del planeta.

1.3. Metodología y estructura

El trabajo combina la revisión de las principales aportaciones teóricas sobre crecimiento económico y decrecimiento con el análisis de enfoques contemporáneos centrados en el bienestar, la sostenibilidad y el propósito de la economía. A partir de esta revisión se propone un marco conceptual propio en el que crecer o decrecer dejan de ser objetivos de la economía y se convierten, junto con las diversas propuestas de las nuevas economías, en medios al servicio de una Economía para la Vida, cuyo propósito es mejorar la vida de las personas respetando los límites planetarios.

Este marco conceptual se ilustra mediante ejemplos de aplicación a diferentes sectores económicos y en distintos contextos, con el fin de mostrar cómo puede orientar la toma de decisiones más allá de la dicotomía entre crecimiento y decrecimiento. Por último, se analiza la función de las empresas, la inversión y las políticas públicas en la transición hacia una Economía para la Vida, en la que crecer o decrecer adquieren el carácter de herramientas al servicio de las personas y del planeta.

2. El crecimiento económico como base del modelo actual

2.1. Del crecimiento como medio al crecimiento como objetivo

¿Cómo llegó el crecimiento económico a convertirse en el principal objetivo de la economía?

Antes de responder a esta pregunta conviene realizar una precisión. A lo largo de este trabajo, el concepto de crecimiento económico hará referencia al crecimiento de la actividad económica y del capital, habitualmente reflejado en indicadores como el Producto Interior Bruto (PIB), los beneficios empresariales o la acumulación de

patrimonio. No hará referencia al crecimiento del bienestar de las personas, que constituye un objetivo diferente y plenamente deseable. Precisamente, una de las tesis de este trabajo es que ambos conceptos no deben confundirse.

El crecimiento económico ha sido uno de los mayores motores de progreso de la historia. Ha permitido impulsar la innovación, incrementar la productividad, generar riqueza y ampliar el acceso a bienes y servicios que hoy forman parte de nuestra vida cotidiana. Desde Adam Smith hasta las teorías modernas del crecimiento, existe un amplio consenso en reconocer que la creación de riqueza constituye una condición necesaria para el desarrollo de las sociedades (Smith, 1776).

Sin embargo, con el paso del tiempo se produjo un cambio de enorme trascendencia. El crecimiento dejó de entenderse principalmente como un medio para generar prosperidad y pasó a convertirse, de forma progresiva, en el principal objetivo de la economía. Esta evolución estuvo acompañada, especialmente durante el siglo XX, por corrientes de pensamiento económico que otorgaron un papel central al mercado, la libertad económica y la iniciativa privada. Autores como Friedrich Hayek y Milton Friedman subrayaron la capacidad de los mercados para coordinar la actividad económica y defendieron la importancia de la libertad de elección frente a una mayor intervención estatal (Hayek, 1944; Friedman, 1962). Bajo la premisa de que el crecimiento del capital acabaría traducándose en una mejora general del bienestar, la evolución del PIB pasó a ser el principal referente del éxito de los países; el crecimiento de los beneficios, el de las empresas; la capacidad de generar ingresos y acumular patrimonio, una referencia habitual del éxito individual.

Este planteamiento ha contribuido decisivamente al desarrollo económico, pero también ha desplazado el foco de una cuestión previa y fundamental: ¿para qué hemos creado los seres humanos la economía? Cuando el crecimiento del capital ocupa el lugar del objetivo, existe el riesgo de asumir que cualquier decisión que contribuya a incrementarlo constituye, por definición, un éxito, con independencia de sus efectos sobre las personas o sobre el entorno natural.

2.2. Indicadores al servicio del objetivo

Los indicadores no son neutrales. Reflejan aquello que una sociedad decide valorar y deben estar alineados con el objetivo que pretende alcanzar.

Si el objetivo de la economía es el crecimiento del capital, resulta lógico que los principales indicadores sean el PIB para los países, el beneficio para las empresas o la renta y el patrimonio para las personas. Todos ellos cumplen una función valiosa: medir la

capacidad de generar riqueza. El problema aparece cuando estos indicadores dejan de utilizarse como herramientas de medición y pasan a interpretarse como sinónimos de bienestar o de progreso.

El propio Simon Kuznets, impulsor del PIB como instrumento estadístico, advirtió que el bienestar de una sociedad difícilmente podía deducirse de la evolución de su renta nacional (Kuznets, 1934).

En efecto, el crecimiento del PIB dice poco sobre la distribución de la riqueza, la calidad del empleo, la salud física y mental, la igualdad de oportunidades o el estado de los ecosistemas. Del mismo modo, el crecimiento de los beneficios empresariales no informa necesariamente sobre el valor creado para la sociedad, ni el aumento del patrimonio individual nos indica necesariamente si una persona vive mejor o si dispone de tiempo de calidad para cuidar sus relaciones personales y familiares.

Si el objetivo último de la economía consiste en mejorar la vida de las personas respetando los límites ecológicos del planeta, entonces los indicadores deben permitir evaluar ese objetivo. Los indicadores actuales siguen siendo útiles para medir la generación de riqueza, pero no necesariamente para valorar si esa riqueza se transforma en bienestar humano y sostenibilidad ambiental. En otras palabras, miden una parte del camino, pero no necesariamente aquello que debería orientar el camino.

Esta reflexión no implica rechazar los indicadores económicos tradicionales, sino situarlos en el lugar que les corresponde: como herramientas para evaluar una parte de la realidad económica, no como una definición completa del progreso de una sociedad. Cuando el objetivo cambia, también deben cambiar los indicadores que utilizamos para medir nuestro avance hacia él.

3. El decrecimiento: origen, fundamentos y límites de una propuesta alternativa

3.1. Del cuestionamiento del crecimiento al nacimiento del decrecimiento

La consolidación del crecimiento económico como principal objetivo de la economía permitió avances sociales, tecnológicos y materiales. Además, el crecimiento económico ha contribuido a reducir la pobreza extrema y a mejorar las condiciones materiales

de vida de millones de personas. Según estimaciones del Banco Mundial utilizando la línea internacional de pobreza de 2,15 dólares diarios (PPP de 2017), la proporción de población mundial en situación de pobreza extrema pasó de alrededor del 38 % en 1990 al 8,4 % en 2019, último año con estimaciones globales comparables en esa serie. Estos avances ponen de manifiesto la capacidad del crecimiento económico para contribuir al progreso cuando este se orienta hacia la mejora de las condiciones de vida.

Sin embargo, estos avances no han eliminado las desigualdades ni han garantizado una distribución equilibrada de la riqueza generada. Los trabajos de Thomas Piketty y los informes del World Inequality Lab han mostrado cómo la distribución de la renta y la riqueza presenta importantes niveles de concentración, especialmente entre los grupos con mayor patrimonio (Piketty, 2013; World Inequality Lab, 2022), contribuyendo a mantener o aumentar las desigualdades al no llegar los beneficios del progreso económico y material por igual a todos los sectores de la población.

Al mismo tiempo, el crecimiento económico ha incrementado la presión sobre los sistemas naturales que sostienen la vida. El cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la degradación de los ecosistemas o el agotamiento de determinados recursos han evidenciado que la economía no funciona al margen del planeta, sino dentro de sus límites físicos.

Esta realidad llevó a plantear una cuestión fundamental. Si la economía mundial ha experimentado una expansión sin precedentes —el PIB mundial real se ha multiplicado aproximadamente por ocho desde mediados del siglo XX— y esa expansión ha permitido avances indudables en las condiciones materiales de vida, ¿por qué el crecimiento económico no ha sido suficiente por sí solo para garantizar un bienestar más compartido y una relación más equilibrada con el planeta?

Una de las primeras respuestas a esta cuestión llegó en 1972 con la publicación de *Los límites del crecimiento*, un informe elaborado por Donella Meadows y otros investigadores del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) para el Club de Roma (Meadows et al., 1972). El estudio introdujo una advertencia que décadas después mantiene plena vigencia: un modelo basado en el crecimiento exponencial de la población, el consumo de recursos y la producción industrial no podía mantenerse indefinidamente en un planeta con recursos limitados.

Esta idea ya había sido anticipada por Kenneth Boulding, quien señaló que plantear un crecimiento exponencial ilimitado en un planeta finito suponía

ignorar las restricciones físicas del sistema del que forma parte la economía (Boulding, 1966). La reflexión de Boulding introducía una cuestión fundamental: la economía no es un sistema aislado, sino una actividad humana integrada dentro de un sistema ecológico con límites.

En esta misma línea, el economista Nicholas Georgescu-Roegen desarrolló una de las críticas más profundas a la visión tradicional del crecimiento económico. Desde la perspectiva de la bioeconomía, señaló que la actividad económica no podía entenderse como un proceso independiente de la naturaleza, sino como un sistema sometido a las leyes de la termodinámica y dependiente de recursos materiales y energéticos limitados (Georgescu-Roegen, 1971).

El cuestionamiento planteado por estos autores no se dirigía contra la creación de riqueza ni contra la mejora de las condiciones de vida, sino contra la idea de que el crecimiento económico del capital pudiera mantenerse indefinidamente como objetivo principal sin considerar sus costes sociales y ambientales.

Es en este contexto donde surge la corriente del decrecimiento. Más que una propuesta nacida del rechazo al progreso, el decrecimiento aparece como una respuesta a una pregunta incómoda: ¿es posible construir sociedades más prósperas sin aumentar continuamente la producción y el consumo material?

El decrecimiento no plantea necesariamente una vuelta al pasado ni una renuncia al bienestar, sino una revisión profunda de la relación entre economía, sociedad y naturaleza. Su principal aportación es cuestionar que el crecimiento económico pueda considerarse un fin en sí mismo, señalando que, en determinados ámbitos, la expansión continua e ilimitada de la producción y el consumo genera impactos sociales y ambientales que comprometen el bienestar presente y futuro.

3.2. El decrecimiento como propuesta económica

De este modo, el decrecimiento se configura como una corriente de pensamiento económico, social y ecológico que cuestiona la identificación automática entre crecimiento económico y bienestar. Frente a la idea de que el progreso depende de una expansión continua de la producción y el consumo, propone revisar qué actividades económicas son realmente necesarias, cuáles contribuyen al bienestar colectivo y cuáles generan costes sociales y ambientales que terminan deteriorándolo.

Aunque sus raíces intelectuales pueden encontrarse en los trabajos del ya mencionado Nicholas Georgescu-Roegen, desarrollados durante la década de 1970, fue el economista francés Serge Latouche quien, a

comienzos de los años 2000, popularizó el concepto de *décroissance* y contribuyó decisivamente a su difusión internacional (Latouche, 2009). En paralelo, autores como Tim Jackson han planteado la posibilidad de avanzar hacia una concepción de la prosperidad que no dependa de un crecimiento económico continuo, cuestionando la necesidad de mantener la expansión material como condición permanente para el bienestar (Jackson, 2009). Su planteamiento no consiste en producir menos por producir menos, ni en regresar a formas de vida del pasado, sino en abandonar la lógica del crecimiento ilimitado como principio que organiza la economía y la sociedad.

Esta aclaración resulta especialmente relevante porque una de las críticas más habituales al decrecimiento consiste en presentarlo como una propuesta de empobrecimiento o de renuncia al progreso. Sin embargo, la mayor parte de sus autores sostienen precisamente lo contrario: el objetivo no es reducir el bienestar, sino desacoplarlo del incremento permanente del consumo material y energético. En otras palabras, el decrecimiento no propone vivir peor, sino preguntarse qué significa realmente vivir mejor.

En esta reflexión converge con otros ámbitos del pensamiento económico. La conocida paradoja de Easterlin mostró que, una vez cubiertas las necesidades básicas, el aumento de la renta no se traduce necesariamente en mayores niveles de satisfacción vital (Easterlin, 1974). Desde esta perspectiva, el decrecimiento cuestiona la idea de que consumir cada vez más conduzca automáticamente a una vida mejor y plantea que el bienestar también depende de factores como la salud, el tiempo disponible, la calidad de las relaciones personales, la cohesión social o el equilibrio con el entorno natural.

Más allá de las medidas concretas que propone, la principal aportación del decrecimiento ha sido ampliar el marco del debate económico. Ha incorporado al análisis cuestiones como los límites planetarios, la suficiencia, los cuidados, la distribución de la riqueza o la diferencia entre aquello que incrementa el PIB y aquello que realmente mejora la calidad de vida. Al hacerlo, ha contribuido a cuestionar una premisa profundamente arraigada: que una economía necesariamente mejor es aquella que produce y consume cada vez más.

3.3. Aportaciones, límites y enseñanzas para un nuevo modelo económico

Como toda corriente de pensamiento, el decrecimiento presenta fortalezas y también limitaciones. Su principal valor reside en haber obligado a replantear algunas de las bases sobre las que se ha construido la economía contemporánea. Gracias a esta corriente, el debate

económico ha incorporado con mayor intensidad la dimensión ecológica, los límites físicos del planeta y la necesidad de diferenciar entre crecimiento económico y bienestar humano.

Sin embargo, convertir el decrecimiento en un objetivo universal plantea también importantes desafíos. Del mismo modo que asumir que toda actividad económica debe crecer conduce a decisiones difícilmente sostenibles, defender que toda actividad debe decrecer ignora la enorme diversidad de sectores, territorios y contextos económicos existentes.

Reducir actividades especialmente intensivas en emisiones o en consumo de recursos puede resultar imprescindible para avanzar hacia un modelo más sostenible. En cambio, resulta difícil sostener que deban decrecer ámbitos como las energías renovables, la rehabilitación de viviendas, la educación, la salud, los cuidados o aquellas actividades capaces de mejorar la calidad de vida con un impacto ambiental reducido.

La principal enseñanza que aporta el decrecimiento quizá no sea la necesidad de sustituir un objetivo absoluto por otro, sino haber demostrado que el verdadero debate económico no puede reducirse a elegir entre crecer o decrecer. Esa dicotomía, útil para cuestionar el paradigma dominante, resulta insuficiente para responder a la complejidad de los desafíos actuales.

La cuestión, por tanto, deja de ser si una economía debe crecer o decrecer y pasa a ser otra mucho más relevante: ¿qué actividades económicas deben crecer, cuáles deben decrecer y con qué objetivo? Esa será precisamente la perspectiva desde la que se abordarán los siguientes capítulos.

4. Economía para la Vida: redescubrir el propósito de la economía

4.1. El propósito de la economía: servir a la vida

Después de analizar el debate entre crecimiento y decrecimiento, emerge una pregunta anterior a ambas posiciones: ¿para qué hemos creado los seres humanos la economía?

La respuesta debería ser sencilla: la economía es una herramienta creada por las sociedades humanas para organizar los recursos disponibles con el objetivo de

satisfacer necesidades, mejorar las condiciones de vida y favorecer el desarrollo pleno y digno de las personas. No es un fin en sí misma, sino un medio al servicio de un propósito superior.

Sin embargo, como se ha analizado en los capítulos anteriores, el debate económico contemporáneo ha tendido a situar el crecimiento económico como objetivo principal, hasta el punto de que aumentar la producción, el consumo o la acumulación de capital se han convertido en indicadores centrales del éxito económico. Esta identificación entre crecimiento y progreso ha generado una confusión entre los medios y los fines: aquello que debería ser una herramienta para mejorar la vida ha pasado a ocupar el lugar del objetivo último, dando lugar también a corrientes críticas como el decrecimiento, que cuestionan precisamente esta asociación automática entre crecimiento económico y bienestar.

La cuestión, por tanto, no debería ser decidir si el crecimiento o el decrecimiento son positivos o negativos en sí mismos. Ambos pueden ser estrategias válidas en función del contexto, siempre que estén orientadas hacia un objetivo común: mejorar la vida de las personas presentes y futuras respetando los límites ecológicos del planeta. Una economía puede necesitar crecer en determinados ámbitos que generan bienestar, y decrecer en aquellos que producen impactos que comprometen ese bienestar.

Desde esta perspectiva surge la propuesta de una Economía para la Vida, un marco que entiende la economía como un medio cuyo propósito es contribuir al bienestar humano y al equilibrio de los sistemas naturales que hacen posible la vida. Esta expresión fue utilizada por NESI en 2020 en el marco del *Plan A, Economía para la Vida*, como propuesta para avanzar hacia una economía al servicio de las personas y el planeta (Fundación Foro NESI de Nueva Economía e Innovación Social, 2020). Bajo este enfoque, el éxito económico no se define únicamente por el tamaño de la economía, sino por su capacidad para generar valor social, humano y ambiental.

La Economía para la Vida no pretende sustituir las diferentes corrientes económicas surgidas en las últimas décadas, sino ofrecer un propósito común capaz de integrarlas. Las aportaciones de la economía circular, regenerativa, social, verde, de cuidados o de impacto pueden entenderse como diferentes herramientas orientadas hacia una misma finalidad: construir sociedades donde las personas puedan vivir mejor dentro de un planeta saludable.

La pregunta que debe guiar la economía del siglo XXI, por tanto, no es cuánto debemos crecer ni cuánto debemos decrecer, sino cómo podemos utilizar todas

las herramientas disponibles para garantizar una vida digna y sostenible para las generaciones presentes y futuras.

4.2. Un nuevo objetivo requiere nuevos indicadores

Si aceptamos que el propósito de la economía no es crecer por crecer, sino mejorar la vida de las personas respetando los límites del planeta, resulta necesario revisar también la forma en que medimos el éxito económico. Como se ha analizado anteriormente, los indicadores no son neutrales: reflejan aquello que una sociedad considera importante y orientan las decisiones de gobiernos, empresas y ciudadanía.

Durante décadas, el Producto Interior Bruto (PIB) se ha consolidado como el principal indicador para evaluar el progreso económico de los países. Su utilidad para medir la actividad económica es incuestionable, pero sus límites también son conocidos: mide el valor monetario de los bienes y servicios producidos, pero no informa por sí mismo sobre cómo se distribuye esa riqueza, si mejora realmente el bienestar de la población o qué costes sociales y ambientales genera.

Esta idea fue expresada de forma especialmente clara por Robert Kennedy en 1968, cuando señaló que el PIB mide muchos aspectos de la actividad económica, pero deja fuera elementos esenciales para aquello que hace que una vida merezca la pena ser vivida. Recuperar esta reflexión resulta especialmente relevante en el contexto actual: el problema no es que el PIB sea un indicador inútil, sino que se haya convertido en una medida del progreso humano cuando únicamente representa una dimensión concreta de la actividad económica.

La misma lógica se reproduce en otros ámbitos. Para una empresa, el beneficio económico resulta imprescindible para garantizar su viabilidad, pero no refleja por sí solo el valor que genera para las personas trabajadoras, la cadena de suministro, sus comunidades o el entorno natural. Del mismo modo, en el ámbito individual, la acumulación de renta o patrimonio puede mejorar las condiciones materiales de vida, pero no determina necesariamente aspectos fundamentales del bienestar como la salud, el tiempo disponible, las relaciones personales o disponer de un empleo motivante y con propósito.

Esta necesidad de ampliar la mirada ha sido recogida por diferentes corrientes económicas contemporáneas. La Comisión para la Medición del Desempeño Económico y el Progreso Social, impulsada en 2009 y liderada por Joseph Stiglitz, Amartya Sen y Jean-Paul Fitoussi, señaló la necesidad de superar una visión del progreso basada exclusivamente en indicadores

económicos agregados e incorporar dimensiones relacionadas con la calidad de vida, la distribución y la sostenibilidad (Stiglitz, Sen y Fitoussi, 2009).

Esta evolución no se ha limitado al ámbito académico, sino que también ha comenzado a trasladarse a las políticas públicas y a nuevas herramientas de medición. La OCDE ha desarrollado desde 2011 su *Well-being Framework*, que incorpora once dimensiones del bienestar actual y recursos necesarios para el bienestar futuro, y lo complementa con herramientas como el *Better Life Index* (OECD, 2011). Nueva Zelanda incorporó en 2019 un *Wellbeing Budget*, orientando su presupuesto hacia objetivos relacionados con el bienestar de la población y no únicamente con indicadores económicos (Government of New Zealand, 2019). Bután, por su parte, introdujo a comienzos de la década de 1970 el concepto de *Gross National Happiness* (Felicidad Nacional Bruta), promovido por el cuarto rey Jigme Singye Wangchuck como una concepción del desarrollo que cuestionaba que el PIB pudiera ser por sí solo una medida suficiente de la felicidad y el bienestar de la sociedad (GNH Centre Bhutan, s. f.). En una línea similar, la New Economics Foundation desarrolló el *Happy Planet Index*, que relaciona el bienestar experimentado por las personas con la eficiencia en el uso de los recursos naturales (New Economics Foundation, 2006).

El caso de Nueva Zelanda resulta especialmente ilustrativo porque el *Wellbeing Budget* no sustituye los indicadores económicos tradicionales, sino que incorpora objetivos de bienestar al proceso presupuestario y obliga a valorar las políticas públicas también por su contribución a estos objetivos. La experiencia muestra así que el cambio de indicadores puede tener consecuencias sobre la asignación de recursos y no limitarse a modificar la forma de presentar los resultados económicos.

Desde la perspectiva de la Economía para la Vida, estas experiencias muestran que el cambio de objetivo económico debe ir acompañado de un cambio en la forma de medir el progreso. Un sistema de indicadores debería combinar, al menos, la evolución de la actividad económica con dimensiones como la distribución de la renta y las oportunidades, la calidad del empleo, el acceso a vivienda, salud y cuidados, el bienestar subjetivo y la evolución de las emisiones, el consumo de recursos y el estado de los ecosistemas. Si queremos que la economía contribuya a aquello que realmente merece la pena, necesitamos indicadores capaces de medirlo.

4.3. Las nuevas economías como estrategias de implementación

Cambiar el propósito de la economía no implica partir de cero. Durante las últimas décadas han surgido numerosas corrientes que cuestionan diferentes aspectos del modelo económico dominante y proponen nuevas formas de producir, consumir, invertir y generar valor. Economía circular, regenerativa, social, verde, de cuidados, del bien común o de impacto son algunas de las propuestas que han contribuido a ampliar el debate económico e introducir objetivos sociales y ambientales que tradicionalmente habían ocupado un lugar secundario.

Cada una de estas corrientes aporta una mirada específica y herramientas valiosas para avanzar hacia una economía orientada a mejorar la vida. La economía circular propone superar el modelo lineal de producir, usar y desechar, haciendo que lo que en este modelo se considera residuo, vertido o emisión pueda convertirse en entrada o recurso para otros procesos productivos; la economía regenerativa busca restaurar los sistemas naturales y sociales; la economía social sitúa a las personas y el propósito colectivo en el centro de la actividad económica; la economía de cuidados visibiliza actividades esenciales para el bienestar que históricamente han quedado fuera del modelo económico; y la economía de impacto pone el foco en abordar los denominados fallos de mercado o impactos negativos en materia social y ambiental de la actividad económica. A estas propuestas se suman marcos como la Economía del Donut de Kate Raworth, que plantea la necesidad de garantizar un suelo social dentro de un techo ecológico (Raworth, 2017), así como iniciativas empresariales como B Corp, que trasladan esta preocupación por el propósito y el impacto al ámbito de la empresa.

Sin embargo, la proliferación de nuevas propuestas también puede generar un riesgo: que cada corriente se desarrolle de forma aislada, compitiendo por presentarse como la alternativa más adecuada al modelo dominante. Desde la perspectiva de una nueva Economía para la Vida, la cuestión no debería ser elegir una única corriente, sino identificar qué aporta cada una y cómo pueden complementarse en función de los objetivos y del contexto.

En este sentido, la Economía para la Vida se plantea como un marco integrador más que como una corriente económica adicional. Su función no es sustituir las propuestas existentes, sino proporcionar un propósito común que permita orientarlas hacia una misma finalidad: mejorar la vida de las personas presentes y futuras respetando los límites ecológicos del planeta.

Esta perspectiva permite también superar una cierta lógica de competición entre modelos. Para que una actividad económica contribuya realmente al bienestar

de las personas y al cuidado del planeta, debe ser capaz de integrar diferentes enfoques y propuestas. Así, puede incorporar principios de la economía social o de la economía de cuidados para mejorar su impacto social y su contribución al bienestar colectivo, al mismo tiempo que aplica principios de la economía circular para reducir sus impactos ambientales y de la economía regenerativa para contribuir a la restauración de los sistemas naturales. Las distintas corrientes dejan así de entenderse como alternativas necesariamente excluyentes y pasan a concebirse como propuestas complementarias que pueden combinarse para orientar la actividad económica hacia un mismo propósito: mejorar la vida de las personas respetando los límites del planeta.

La aportación de la Economía para la Vida no reside, por tanto, en añadir una nueva etiqueta al creciente mapa de propuestas económicas, sino en cambiar el criterio desde el que se evalúan y combinan esas propuestas. Si el objetivo último es mejorar la vida dentro de los límites del planeta, ninguna herramienta debería considerarse buena o mala en abstracto: su valor dependerá de su capacidad para contribuir a ese objetivo en un contexto determinado.

Desde esta perspectiva puede abordarse también el debate entre crecimiento y decrecimiento: no como objetivos enfrentados, sino como posibles estrategias al servicio de la Economía para la Vida.

5. Crecer, decrecer o transformar: elegir la estrategia adecuada

5.1. Superar el dilema crecimiento-decrecimiento

Llegados a este punto, la pregunta ya no debería ser si el crecimiento o el decrecimiento son la solución a los problemas de la economía. Si ambos son medios y no fines, la cuestión cambia: ¿cuándo necesitamos crecer, cuándo necesitamos decrecer y qué otras transformaciones necesitamos para mejorar la vida dentro de los límites del planeta?

Plantear el debate en términos de crecimiento frente a decrecimiento reproduce, en cierta medida, la lógica binaria que este trabajo pretende superar. El crecimiento no es necesariamente positivo por sí mismo, del mismo modo que el decrecimiento no es necesariamente deseable en cualquier circunstancia. Ambos pueden generar efectos positivos o negativos

dependiendo de qué crezca o decrezca, dónde, cómo, para quién y con qué consecuencias.

El crecimiento de determinadas actividades puede resultar imprescindible para mejorar las condiciones de vida. Aumentar la disponibilidad de vivienda, servicios de cuidados, energías renovables, transporte público o determinados servicios sanitarios y educativos puede requerir más inversión, producción y empleo. En estos casos, crecer puede contribuir directamente a mejorar el bienestar.

Del mismo modo, existen actividades cuyo crecimiento genera impactos ambientales o sociales que comprometen el bienestar presente y futuro. Reducir el uso de determinados recursos, disminuir actividades altamente contaminantes o limitar consumos que aportan poco bienestar puede ser necesario. En estos casos, decrecer puede ser parte de la solución.

La clave está, por tanto, en dejar de preguntar si una economía debe crecer o decrecer en términos agregados y empezar a analizar qué actividades deben crecer, cuáles deben decrecer y cuáles deben transformarse. El objetivo no es alcanzar una determinada tasa de crecimiento o decrecimiento, sino orientar la evolución de la economía hacia aquello que contribuya a mejorar la vida.

5.2. ¿Dónde necesitamos crecer y dónde decrecer?

Una Economía para la Vida debería preguntarse primero qué necesidades están sin cubrir y qué actividades están generando impactos incompatibles con el bienestar presente y futuro. A partir de ahí, crecimiento y decrecimiento pueden entenderse como respuestas diferentes a problemas distintos.

El turismo ofrece un ejemplo sencillo de esta lógica. En grandes ciudades como Madrid, Barcelona o Málaga, y en zonas costeras o insulares especialmente masificadas, seguir aumentando el número de visitantes puede contribuir a agravar problemas como la presión sobre la vivienda, la congestión, el consumo de recursos o la degradación de determinados ecosistemas, además de afectar a la calidad de vida de las personas residentes. En estos contextos, puede ser necesario reducir el volumen de actividad turística, limitar determinados modelos de turismo o priorizar aquellos que generen mayor valor con menor impacto.

En cambio, en territorios con una actividad turística reducida, como puede ocurrir en provincias como Palencia, Soria, Teruel y Ourense, un mayor desarrollo del turismo puede contribuir a diversificar la economía, crear empleo y generar nuevas oportunidades. En estos territorios, aumentar determinadas formas de turismo

puede contribuir al bienestar. La misma actividad puede necesitar decrecer en un territorio y crecer en otro.

La energía muestra una situación diferente, pero complementaria. La denominada transición energética implica precisamente una combinación de crecimiento y decrecimiento: reducir progresivamente la dependencia de fuentes de energía basadas en combustibles fósiles y altamente contaminantes, mientras aumenta la generación renovable, las redes, el almacenamiento y la eficiencia energética. En este proceso, también debería evitarse asumir que un mayor consumo energético por persona es necesariamente una señal de progreso. El objetivo puede ser mejorar el bienestar utilizando menos energía por unidad de servicio o reduciendo consumos innecesarios. Así, crecimiento y decrecimiento no solo pueden coexistir, sino que resultan necesarios simultáneamente: decrecer en aquello que genera impactos incompatibles con los límites del planeta y crecer en aquello que permite cubrir las mismas necesidades con menor impacto.

Algo similar ocurre con los cuidados. Durante décadas, una parte importante de las actividades necesarias para sostener la vida cotidiana ha permanecido fuera de los principales indicadores económicos o se ha realizado de forma no remunerada en los hogares. Una economía orientada a la vida necesita reconocer su valor e incrementar la capacidad de la sociedad para ofrecer servicios de cuidados suficientes y de calidad. Esto implica aumentar inversión, empleo y recursos destinados a atención infantil, dependencia, mayores o salud mental, entre otros ámbitos. En este caso, crecer en cuidados no significa producir más para acumular capital, sino dedicar más recursos a una actividad directamente relacionada con el bienestar de las personas.

La vivienda ofrece otro ejemplo especialmente relevante. En España existe una necesidad evidente de aumentar la oferta de vivienda, especialmente asequible y social, pero también ambientalmente sostenible, en un contexto de dificultades crecientes para acceder a ella en numerosos territorios. En este caso, además de rehabilitar, construir más vivienda puede ser parte de la solución, pero el objetivo no debería ser simplemente aumentar la oferta, sino hacerlo de forma que responda a las necesidades de la población, contribuya a garantizar el acceso a un derecho básico y respete los límites ambientales. Países como Austria, con una larga tradición de vivienda social y asequible y una proporción significativamente mayor de este tipo de vivienda, ofrecen una referencia de cómo ampliar este ámbito puede formar parte de una política orientada al bienestar.

Estos ejemplos muestran que el criterio no puede ser simplemente aumentar o reducir la actividad económica. Dos actividades pueden contribuir de forma muy diferente al bienestar aunque ambas incrementen el PIB. Del mismo modo, una reducción de la actividad económica puede representar una pérdida desde la perspectiva del PIB y, sin embargo, una mejora desde la perspectiva del bienestar si reduce impactos negativos sin deteriorar las condiciones de vida.

La cuestión fundamental pasa así de cuánto crece la economía a qué tipo de economía estamos haciendo crecer y qué tipo de actividad estamos decidiendo reducir.

5.3. Gestionar la transición: combinar estrategias según el contexto

Si crecimiento y decrecimiento son herramientas al servicio de un objetivo superior, su aplicación no puede definirse mediante una receta universal. Lo que resulta necesario en un país puede ser innecesario o incluso contraproducente en otro; lo que debe crecer hoy puede necesitar estabilizarse o reducirse mañana.

La transición hacia una Economía para la Vida requiere, por tanto, capacidad para analizar cada contexto y tomar decisiones en función de sus necesidades sociales, sus recursos disponibles, su impacto ambiental y su capacidad de generar bienestar. También requiere aceptar que las soluciones pueden cambiar con el tiempo: una tecnología puede necesitar crecer rápidamente para sustituir otra más contaminante y, una vez generalizada, dejar de necesitar el mismo ritmo de expansión.

La transformación asociada a la inteligencia artificial ofrece un ejemplo especialmente relevante de esta necesidad de gestionar las transiciones. Aunque todavía resulta difícil anticipar con precisión sus efectos sobre el empleo, la productividad, el bienestar, la distribución de la riqueza o el consumo de recursos, el marco propuesto permite orientar su evolución sin depender de que el resultado se traduzca en un mayor o menor crecimiento del PIB. La cuestión será determinar en qué actividades y capacidades conviene impulsar su desarrollo y cómo hacerlo para que los beneficios de esta transformación contribuyan al bienestar de las personas y respeten los límites del planeta.

Esta perspectiva introduce una idea fundamental: no existe una economía ideal estática, sino un proceso permanente de adaptación a las necesidades de las personas y a los límites del planeta. Crecer, decrecer, mantener o transformar una actividad son decisiones que deberían evaluarse en función de su contribución al propósito económico.

Superar el dilema entre crecimiento y decrecimiento no significa, por tanto, negar el valor de ninguna de las dos propuestas. Significa situarlas en el lugar que les corresponde: como herramientas que pueden utilizarse de manera complementaria para avanzar hacia una economía cuyo éxito se mida por su capacidad para mejorar la vida de las personas presentes y futuras dentro de los límites del planeta.

6. Hacer realidad la Economía para la Vida

6.1. Cambiar las reglas del juego: mercados, Estado y propósito

Definir un nuevo propósito para la economía es un primer paso, pero no suficiente. Si la actividad económica sigue respondiendo a incentivos diseñados para maximizar únicamente la rentabilidad y el crecimiento del capital, cambiar el objetivo sobre el papel tendrá un efecto limitado. Una Economía para la Vida requiere también revisar las reglas, los incentivos y las instituciones que determinan qué actividades se desarrollan, dónde se dirige la inversión y qué comportamientos económicos resultan premiados.

En este punto resulta especialmente relevante la aportación de Mariana Mazzucato. Frente a la visión según la cual los mercados funcionan de manera eficiente por sí mismos y el Estado debe intervenir principalmente para corregir sus fallos, Mazzucato propone centrar la atención en el propósito que orienta la actividad económica. En *The Common Good Economy: A New Compass*, Mazzucato sostiene que la intervención pública no debería limitarse a corregir los fallos de los mercados una vez producidos, sino que debería orientarlos y darles forma desde el principio en función de objetivos colectivos y del bien común (Mazzucato, 2026). Su aportación está alineada con una propuesta previa, la de la Economía del Bien Común de Christian Felber, que ya situó el bien común como referencia para evaluar la actividad económica, y defendió la necesidad de contar con instrumentos que permitan medir la contribución de las empresas a ese fin (Felber, 2012).

Esta perspectiva cuestiona la idea de que los mercados funcionan correctamente por sí mismos y que solo cuando generan un impacto negativo o un fallo de mercado debe intervenir el sector público, las organizaciones sociales o, más recientemente, las iniciativas de economía de impacto. La cuestión no debería ser únicamente cómo corregir aquello que funciona mal una vez que el problema se ha producido,

sino cómo orientar desde el principio la actividad económica hacia objetivos que contribuyan al bien común.

Esto modifica también la relación entre Estado y mercado. El Estado no tiene por qué limitarse a regular, redistribuir o corregir externalidades una vez producidas. Puede establecer objetivos, crear incentivos, movilizar inversión, impulsar innovación y utilizar su capacidad de compra para favorecer determinadas actividades. Los mercados, por su parte, pueden seguir desempeñando un papel fundamental en la asignación de recursos y en la innovación, pero dentro de un marco que oriente la actividad económica más allá de la mera búsqueda de beneficios. Empresas e inversores pueden así buscar, además de rentabilidad, aumentar su contribución al bienestar colectivo, al tiempo que respetan los límites del planeta, y ser recompensados por el mercado por esa contribución.

Una economía necesita empresas viables, inversión y capacidad para generar recursos. La cuestión es qué actividades se consideran valiosas y qué criterios determinan hacia dónde se dirigen los recursos. Si el propósito cambia, también deberían cambiar las reglas del juego y los incentivos que guían las decisiones económicas.

6.2. Del propósito a la acción: empresas, inversión y políticas públicas

El cambio de propósito debe traducirse en criterios concretos para quienes toman decisiones económicas. En el ámbito empresarial, esto implica complementar la medición tradicional de resultados financieros con indicadores capaces de mostrar la contribución social y ambiental de cada actividad. Los criterios ESG — ambientales, sociales y de gobernanza— han contribuido a introducir esta perspectiva, al incorporar estos factores en el análisis y en la toma de decisiones de inversión (Principles for Responsible Investment, s. f.), aunque su utilidad dependerá de que los indicadores sean relevantes, comparables y estén realmente vinculados a las decisiones empresariales.

La lógica es coherente con lo planteado anteriormente: si cambia el objetivo, deben cambiar también los indicadores con los que se evalúa el éxito. Una empresa que crece económicamente y genera beneficios pero deteriora de forma significativa el entorno, empeora las condiciones laborales o genera costes sociales que recaen sobre el conjunto de la sociedad no debería considerarse necesariamente más exitosa que otra que obtiene una rentabilidad menor pero que genera impactos positivos. La medición debe permitir conocer

no solo cuánto valor económico se genera, sino también qué valor social y ambiental se crea o se destruye.

Algo similar ocurre con la inversión. Si una Economía para la Vida necesita que determinadas actividades crezcan y otras decrezcan, el capital no puede permanecer al margen de esta transformación. Será necesario aumentar la inversión destinada a actividades que contribuyen al bienestar y a la transición ecológica, como las energías renovables, la rehabilitación, la vivienda asequible, los cuidados o determinadas tecnologías, al mismo tiempo que se reduce progresivamente la financiación de actividades incompatibles con los límites ambientales o que generan costes sociales significativos.

Esto plantea también una cuestión sobre el propio funcionamiento de las finanzas. Algunas operaciones facilitan la inversión productiva y canalizan recursos hacia actividades útiles, mientras que otras responden a dinámicas financieras de muy corto plazo que, aunque pueden contribuir al crecimiento del PIB, apenas generan bienestar. Además, existen muchas inversiones dirigidas hacia actividades con importantes impactos negativos en el ámbito social y/o ambiental. La cuestión no es demonizar las finanzas, sino orientar el capital hacia las actividades que queremos hacer crecer y reducir su apoyo a aquellas que queremos transformar o decrecer.

La política pública puede contribuir decisivamente a este proceso. La regulación, la fiscalidad, la inversión pública y los sistemas de incentivos permiten modificar las condiciones en las que operan empresas e inversores. Además, cuenta con una herramienta especialmente poderosa: la contratación pública. La Comisión Europea reconoce precisamente la contratación pública socialmente responsable como una herramienta capaz de incorporar objetivos sociales y laborales a las decisiones de compra de las administraciones y de generar incentivos para una gestión empresarial más responsable y sostenible (Comisión Europea, s. f.). Desde esta perspectiva, las reformas prioritarias deberían centrarse en incorporar objetivos de bienestar y límites ambientales a la planificación presupuestaria, orientar la fiscalidad y la inversión pública hacia actividades con mayor contribución social y ambiental, y vincular progresivamente la contratación, la regulación y los incentivos económicos al cumplimiento de estos objetivos.

Una empresa que pueda demostrar mejores resultados en condiciones laborales, impacto ambiental, contribución al territorio o reducción de emisiones podría, bajo criterios de contratación adecuadamente diseñados, tener una ventaja frente a otra que ofrezca un precio similar pero genere mayores impactos

negativos. La administración pública utilizaría así su capacidad de compra para premiar aquello que la sociedad ha definido como valioso, creando incentivos que pueden extenderse más allá del propio sector público.

La transformación no depende, por tanto, de una única decisión ni de un único actor. Empresas, inversores, administraciones y ciudadanía toman decisiones que, agregadas, determinan qué actividades crecen, cuáles decrecen y qué tipo de economía se construye. Cambiar el propósito de la economía significa también cambiar progresivamente los criterios con los que esas decisiones se toman.

Esta transición, sin embargo, no está exenta de barreras. Los cambios en las reglas y los incentivos pueden encontrar resistencias de sectores económicos afectados, dificultades para redistribuir costes y beneficios, restricciones presupuestarias y falta de consenso político y social. El sector energético ofrece un ejemplo claro: avanzar hacia un sistema basado en energías renovables requiere aumentar la inversión en generación limpia, redes y almacenamiento, al mismo tiempo que se reduce progresivamente la dependencia de los combustibles fósiles. Este proceso puede generar costes y resistencias en empresas y territorios vinculados al modelo energético anterior, por lo que requiere combinar objetivos de largo plazo con inversión, formación y mecanismos de apoyo que faciliten la adaptación. Por ello, la transición debería plantearse de forma gradual, apoyando a los sectores y colectivos más afectados.

Una nueva Economía para la Vida no requiere eliminar los mecanismos de mercado ni sustituir la rentabilidad por un único indicador alternativo. Requiere hacer que los incentivos económicos sean coherentes con aquello que se considera valioso y desarrollar sistemas de medición capaces de mostrar si la actividad económica está contribuyendo realmente al objetivo definido. También requiere evaluar de forma periódica los resultados y ajustar las políticas cuando los efectos sociales o ambientales no respondan a los objetivos establecidos. Desde esta perspectiva, lo relevante no es que la economía crezca o decrezca en términos agregados, sino que crezca su capacidad para generar impactos positivos sobre la calidad de vida de las personas y sobre los ecosistemas naturales. Solo así el cambio de propósito puede pasar de ser una declaración de intenciones a convertirse en una transformación efectiva del modelo económico.

7. Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha analizado el debate entre crecimiento y decrecimiento desde una perspectiva que pretende superar la dicotomía entre ambas posiciones. El análisis muestra que el problema no reside necesariamente en crecer o decrecer, sino en haber convertido el crecimiento económico, y especialmente el crecimiento del capital, en un objetivo en sí mismo. Cuando el crecimiento deja de entenderse como un medio para mejorar la vida y pasa a convertirse en el principal criterio de éxito económico, se corre el riesgo de confundir los medios con los fines.

El crecimiento económico ha contribuido indudablemente a mejorar las condiciones materiales de vida de una parte importante de la población y continúa siendo necesario en determinados ámbitos y territorios. Sin embargo, también genera impactos sociales y ambientales que no pueden ignorarse cuando determinados niveles de producción y consumo superan los límites ecológicos o cuando los beneficios del crecimiento se distribuyen de manera desigual. Por ello, cuestionar el crecimiento no significa negar sus aportaciones, sino preguntarse qué crece, para quién, con qué consecuencias y con qué finalidad.

En este contexto, la aparición del decrecimiento resulta especialmente relevante para el debate económico, al poner sobre la mesa problemas que el crecimiento económico por sí solo no ha conseguido resolver y que, en algunos casos, ha contribuido a intensificar. Su principal aportación consiste en cuestionar que una economía deba expandirse continuamente y en señalar la necesidad de reducir determinadas formas de producción y consumo que generan impactos sociales y ambientales incompatibles con el bienestar presente y futuro. Entendido de este modo, el decrecimiento no implica una vuelta atrás ni una renuncia general al progreso, sino una invitación a reconsiderar qué actividades deben reducirse, cuáles deben mantenerse y cuáles necesitan crecer.

La importancia del decrecimiento reside también en haber contribuido a desplazar el debate desde una cuestión fundamentalmente cuantitativa —cuánto crece una economía— hacia cuestiones cualitativas relacionadas con qué se produce, cómo se produce, para quién y con qué consecuencias. Esta aportación permite cuestionar la idea de que una economía necesariamente mejora cuando aumenta su producción y abre la puerta a considerar otras dimensiones del progreso económico. En este sentido, el decrecimiento no solo plantea la necesidad de reducir determinadas actividades, sino que ayuda a replantear el propio objetivo hacia el que debería orientarse la economía.

Al mismo tiempo, las diferentes corrientes que han surgido en las últimas décadas —economía circular,

regenerativa, social, de cuidados, de impacto, Economía del Donut o Economía del Bien Común, entre otras— muestran que existe una búsqueda creciente de nuevas formas de entender y organizar la actividad económica. Cada una aporta herramientas y perspectivas valiosas, pero ninguna necesita convertirse por sí sola en un modelo económico completo. Su mayor potencial puede encontrarse precisamente en su capacidad para complementarse y contribuir a un propósito común.

Este trabajo propone denominar Economía para la Vida a ese marco integrador. No se plantea como una nueva corriente destinada a competir con las existentes, sino como una forma de recuperar la pregunta fundamental que debería preceder a cualquier modelo económico: ¿para qué hemos creado los seres humanos la economía? La respuesta que se plantea es que la economía debe estar al servicio de la vida: contribuir a mejorar las condiciones y capacidades de las personas presentes y futuras, al tiempo que respeta los límites y preserva los sistemas naturales de los que depende.

Esta redefinición del propósito implica también cambiar la forma de evaluar el progreso económico. El PIB y otros indicadores de actividad económica continúan siendo útiles para conocer determinadas dimensiones de la economía, pero no pueden representar por sí solos el éxito de una sociedad. Si el objetivo es mejorar la vida, será necesario desarrollar y utilizar indicadores que permitan conocer cómo evolucionan el bienestar, la distribución de oportunidades, los cuidados, la calidad del empleo y la salud de los ecosistemas. Y estos indicadores deben tener consecuencias reales sobre las decisiones de empresas, inversores y administraciones públicas.

Desde esta perspectiva, crecimiento y decrecimiento dejan de ser objetivos enfrentados y pasan a entenderse como herramientas al servicio de un propósito común. Será necesario crecer allí donde existan necesidades que no están suficientemente cubiertas, como determinados servicios de cuidados, vivienda asequible, energías renovables o infraestructuras esenciales. Será necesario decrecer allí donde la actividad económica genere impactos que comprometan el bienestar o los límites ecológicos. Y será necesario transformar aquellas actividades que puedan seguir contribuyendo a la vida mediante modelos diferentes de producción, consumo, inversión y generación de valor.

La cuestión, por tanto, no es decidir si queremos una economía de crecimiento o de decrecimiento. La cuestión es qué necesitamos hacer crecer, qué necesitamos decrecer y qué necesitamos transformar para mejorar la vida de las personas dentro de los límites del planeta.

En última instancia, el éxito de una economía no debería medirse únicamente por cuánto produce, cuánto consume o cuánto capital acumula, sino por su capacidad para generar bienestar, oportunidades y calidad de vida sin deteriorar las condiciones sociales y ambientales que hacen posible ese bienestar. Cambiar esta perspectiva supone pasar de preguntarnos cuánto crece la economía a preguntarnos para qué crece, dónde es necesario crecer, cuándo es necesario decrecer y qué consecuencias tienen esas decisiones. Este cambio puede ser el primer paso hacia una Economía para la Vida.

Bibliografía

- **Boulding, Kenneth E.:** “The Economics of the Coming Spaceship Earth”, en Jarrett, H. (ed.): *Environmental Quality in a Growing Economy*, Baltimore: Resources for the Future, 1966.
- **Comisión Europea:** “Contratación pública social”, en *Comisión Europea*, https://commission.europa.eu/funding-tenders/tools-public-buyers/social-procurement_es (fecha de consulta: 13/8/2026).
- **Easterlin, Richard A.:** “Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence”, en David, Paul A. y Reder, Melvin W. (eds.): *Nations and Households in Economic Growth: Essays in Honor of Moses Abramovitz*, New York: Academic Press, 1974.
- **Felber, Christian:** *La economía del bien común: un modelo económico que supera la dicotomía entre capitalismo y comunismo para maximizar el bienestar de nuestra sociedad*, Barcelona: Deusto, 2012.
- **Friedman, Milton:** *Capitalism and Freedom*, Chicago: University of Chicago Press, 1962.
- **Fundación Foro NESI de Nueva Economía e Innovación Social:** “Plan A, Economía para la Vida”, en *Foro NESI*, <https://nesi.es/economia-para-la-vida/> (fecha de consulta: 13/8/2026).
- **Georgescu-Roegen, Nicholas:** *The Entropy Law and the Economic Process*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1971.
- **Global Impact Investing Network (GIIN):** “What is impact investing?”, en *Global Impact Investing Network*, <https://thegiin.org/> (fecha de consulta: 13/8/2026). La GIIN define la inversión de impacto por su intención de generar impactos sociales y ambientales positivos y medibles junto con un retorno financiero.
- **GNH Centre Bhutan:** “History of GNH”, en *GNH Centre Bhutan*, <https://www.gnhcentrebhutan.org/what-is-gnh/history-of-gnh/> (fecha de consulta: 13/8/2026).
- **Government of New Zealand:** *The Wellbeing Budget 2019*, Wellington: Government of New Zealand, 2019.
- **Hayek, Friedrich A.:** *The Road to Serfdom*, Chicago: University of Chicago Press, 1944.
- **Jackson, Tim:** *Prosperity without Growth: Foundations for the Economy of Tomorrow*, London: Routledge, 2017.
- **Kennedy, Robert F.:** “Remarks at the University of Kansas”, University of Kansas, 18 de marzo de 1968.
- **Kuznets, Simon:** *National Income, 1929–1932*, Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 1934.
- **Latouche, Serge:** *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Barcelona: Icaria, 2009.
- **Mazzucato, Mariana:** *The Common Good Economy: A New Compass*, Londres: Penguin/Allen Lane, 2026.
- **Meadows, Donella H.; Meadows, Dennis L.; Randers, Jørgen y Behrens III, William W.:** *The Limits to Growth: A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*, New York: Universe Books, 1972.
- **New Economics Foundation:** *The Happy Planet Index: An Index of Human Well-being and Environmental Impact*, London: New Economics Foundation, 2006.
- **OECD:** *How's Life? Measuring Well-being*, Paris: OECD Publishing, 2011.
- **Piketty, Thomas:** *El capital en el siglo XXI*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- **Principles for Responsible Investment:** *What are the Principles for Responsible Investment?*, en *PRI*, <https://www.unpri.org/about-PRI/what-principles-for-responsible-investment> (fecha de consulta: 13/8/2026).
- **Raworth, Kate:** *Doughnut Economics: Seven Ways to Think Like a 21st-Century Economist*, London: Random House Business Books, 2017.
- **Smith, Adam:** *La riqueza de las naciones*, Madrid: Alianza Editorial, 1994 (1776).
- **Stiglitz, Joseph E.; SEN, Amartya y FITTOUSI, Jean-Paul:** *Report by the Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress*, Paris: Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress, 2009.
- **World Bank.** (2022). *Poverty and Shared Prosperity 2022: Correcting Course*. Washington, DC: World Bank.
- **World Inequality Lab:** *World Inequality Report 2022*, Paris: World Inequality Lab, 2022.

Sobre el autor

Cofundador y Director de la Fundación Foro NESI de Nueva Economía e Innovación Social. MSc Global Governance and Ethics, UCL

Otras publicaciones

Set 2026	NT	Identificación de los factores determinantes del precio del Eurostoxx 50 mediante Análisis de Componentes Principales (PCA) y Regresión sobre Componentes Principales (PCR), 2005-2025	Carles Ruiz Rovira
Jun 2026	DT	La huella de carbono de la investigación en economía en la era de la IA generativa	Andres Alonso-Robisco
Jun 2026	DT	Ahorro y riqueza intergeneracional ante el reto demográfico	Fernando Rojas, Pablo Victoria, Diego Romero, Francisco del Olmo García
May 2026	DT	Aplicación de sistemas multiagente de IA	Júlia Pou, Eric Garcia, Miquel Heredia, Carlos Salinas, Gerard Alba
May 2026	DT	Comportamiento racional en los mercados financieros	Antonio Hormigos
Feb 2026	DT	Stablecoins en Tesorería: Usos, Ventajas y Riesgos	Carlos de Fuenmayor
Dic 2025	DT	Fondos de Inversión Alternativa: Private Equity y Deuda Privada	Josep Martínez Pascual
Oct 2025	DT	La Energía Nuclear en el Marco de la Transición Energética	Antonio González Jiménez
Set 2025	DT	Artificial Intelligence in economics and finance: an AI-driven literature review	Andres Alonso-Robisco
Jun 2025	NT	The Crypto space under the new trump administration	Sergi Barberán
Abr 2025	DT	Método Sistemático para encontrar empresas de calidad	Ferran Carreras Lavila
Mar 2025	DT	Escenarios de la inversión de impacto ante el inversor particular	Andrea González G.Vega
Feb 2025	NT	Los informes Letta y Draghi: Mismas recetas...¿distintos resultados? Una mirada crítica	Pablo Agnese
Ene 2025	DT	How similar is the Chinese economy to that of Japan after the bubble burst?	Alicia García Herrero
Nov 2024	DT	Resolving sovereign in the era of geopolitical tensions	Sergi Lanau
Oct 2024	DT	Shadow Banking: current Headaches, Old Problems?	David Ramos Muñoz
Set 2024	DT	Situación actual de los NFTs y del Metaverso	Joaquim Matinero Tor
Set 2024	NT	La macroeconomía argentina y los primeros días del experimento anarcocapitalista del presidente Milei	Alejandro D. Jacobo